

FASCINADOS POR EL BIEN

*Víctor Herrero de Miguel, ofmcap**

UN GRAMO DE LUZ

Hace algunas semanas pasé unos días en Roma, ciudad en la que he vivido y a la que siempre me gusta volver. Cuando lo hago, y como ejecutando un rito, apenas me libero de la mochila, me lanzo a las calles y me pongo a pasear. Sin prisa, sin rumbo, como la ciudad eterna requiere. El día de mi última llegada coincidía con la clausura de la campaña electoral previa a los últimos comicios celebrados en Italia. En muchos jardines y en plazas céntricas de la ciudad se congregaban grupos de personas que, apoyando a sus partidos y envueltos en la monumentalidad de la urbe, vitoreaban a sus candidatos, que a su vez les regalaban sus arengas últimas. Yo, ajeno a los pormenores de la política italiana, disfrutaba de mi paseo solitario cuando, de repente, penetrando en uno de

* *Religioso Capuchino. Filólogo y bibliófilo. Valladolid.*

los lugares más bellos de Roma, algo me sobresaltó: frente al Panteón de Agripa, un enjambre de banderas, rojas como lava, ondeaban movidas por el viento y por los gritos de cientos de personas que abarrotaban el lugar. Se trataba del mitin de un partido con ideología declaradamente fascista. Tanto el mensaje de las pancartas como, sobre todo, el contenido de los discursos hacían temblar: Italia para los italianos; inmigrantes, volved a vuestras casas; sangre del país para reconstruir el país... Era como si la caja de Pandora —o la cloaca de Pandora— abierta en aquel preciso instante, estuviera vertiendo sobre el aire todo el odio, el desprecio y el egoísmo que en este mundo puede existir.

Con la cabeza baja y oprimido el corazón, marché de allí. Durante algunos minutos, y sin saber a dónde iba, dentro de mí aún veía los rostros llenos de furia de personas normales, de parejas que, enlazando sus manos, coreaban aquellas consignas de terror, de padres que sostenían a sus hijos en sus brazos, de señores ancianos que, con su silencio, aprobaban aquel crimen. Deambulé, quizás durante un par de horas, por las calles del centro de la ciudad, sin ser muy consciente de dónde estaba (en qué lugar de Roma, en qué oscuridad del mundo), hasta que algo me abrió los ojos: frente a mí una chica de unos veinte años, con el pelo de colores y piercings en las cejas y en la nariz, hablaba, arro-

dillada, con un señor mayor que, sentado en un cartón, pedía limosna a la puerta de un supermercado. El hombre era negro, imaginé que africano. Algo (quizás el ángel que custodia la atención) me impulsó a acercarme, a detenerme, a contemplar aquel milagro. Fingiendo que hablaba por el móvil, me coloqué muy cerca y pude captar el contenido de la conversación. La chica, como acunando cada palabra, se dirigía al mendigo con infinita delicadeza; le había comprado algo de comer y una bebida caliente y algo más, algo que me confirmó que estaba siendo testigo de una epifanía del bien sobre la superficie de la tierra: sacó de su bolsa de la compra unos paquetes de comida para perros y se los entregó, porque el señor —solamente entonces me di cuenta— tenía junto a sí un perrito bastante flaco pero que, muy contento, apoyaba su lomo sobre la pierna de su compañero.

Aquella escena, aquel encuentro de amor, me recordó *ipso facto* una página de Christian Bobin: “Escribo con una balanza minúscula, como las que utilizan los joyeros. En uno de los platillos pongo la sombra y en el otro la luz. Un gramo de luz sirve de contrapeso a varios kilos de sombra”. Justo eso sucedió en mi corazón: el gramo de luz de aquella chica con aquel hombre sirvió de contrapeso a los kilos de sombra que, un par de horas antes, aquella multitud reunida en el Panteón había arrojado sobre mí.

EL MISTERIO DEL BIEN

Creo que no miento si digo que, de todos los temas de la vida, el único que de verdad me interesa es el bien. Por eso su presencia, casi siempre marginal y minúscula, me atrapa con tanta fuerza, por eso –en medio del horizonte– la verticalidad del bien me fascina. Es lo que me pasó en esta experiencia de Roma y lo que me pasa tantas veces delante del Evangelio: que el bien, como una luciérnaga en la noche, me ilumina.

El bien es el centro de la vida de Jesús, su eje: sobre él giran todos sus encuentros, su mirada detenida sobre el mundo, sus pasos, su vocación y su destino. Muchas veces, caminando por Galilea, me he preguntado qué es lo que le hizo a Jesús vivir como vivió, dejar su casa y separarse de los suyos, caminar en torno al lago y entrar en los pueblos, las casas y las vidas de personas extrañas. Qué imantaba a Jesús con tanta fuerza, qué brújula le orientaba, qué bitácora le ayudaba a caminar. A esta pregunta, seguramente, podríamos ofrecer una respuesta teológica, un ensayo de cristología en donde hablaríamos de la relación filial o de la *pericóresis*. Me pregunto, si como paso previo, como intuición sencilla, no podríamos contestar también desde otro lugar, desde la captación –a través de lo que encontramos en los textos evangélicos– de aquello que pudiéramos retener como el deseo más profundo de Jesús,

aquello sin lo cual es imposible imaginárnoslo en camino.

Para este fin, para, al menos, rozar ese espacio del corazón de Jesús habitado por el deseo, un lugar privilegiado al que acudir son las parábolas. Tal y como Dodd, Drury, Jeremias y otros estudiosos del Nuevo Testamento nos han hecho ver, esta colección de textos que encontramos diseminados en los relatos evangélicos nos acercan, en muchos casos y en gran medida, a la cosmovisión misma de Jesús. Hay una que, en la mitad de Mateo y haciendo de parteluz al Evangelio, constituye una breve apología del bien. Es la que suena así:

“El Reino de los cielos es como un hombre que sembró semilla buena en su campo. Mientras la gente dormía, fue su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se marchó. Cuando el tallo brotó y empezó a granar, se descubrió la cizaña. Fueron los siervos y le dijeron al amo: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo?, ¿de dónde le viene la cizaña? Les contestó: un enemigo lo ha hecho. Le dijeron los siervos: ¿Quieres que vayamos a recogerla? Les contestó: no; que, al recogerla, vais a arrancar con ella el trigo. Dejad que crezcan juntas hasta la siega. Cuando llegue la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, atadla en gavillas y echadla al fuego; el trigo lo metéis en mi granero” (Mt 13,24-30).

Como todo texto, también este es susceptible de múltiples acercamientos y la mejor explicación será, a mi juicio, la que penetrando en una dirección cabal su sentido, deje abierta la puerta del significado. Sin afán de realizar una exégesis exhaustiva de la parábola, sí me gustaría aproximarme a la misma como quien, invitado a una cata de vinos, comparte algo de lo que, llevando la copa a los labios, descubre respecto a la fragancia, la textura y los sabores del licor.

Llama la atención, en primer lugar, el inicio y el final o, afinando más, cómo expresa el texto la transformación entre ambos extremos. En la primera línea, y salida de la mano del sembrador, encontramos semilla buena. Una mirada poética —es decir: porosa, honda, abarcadora— asomada a las dos palabras griegas que aparecen aquí disfrutaría como un ornitólogo que volara junto a un ave. Se trata de un adjetivo y un sustantivo que, unidos, evocan profundidades de significado y alturas de imaginación. Semilla buena es, en el original, *καλὸν σπέρμα*.

Empecemos por la segunda palabra, el sustantivo *σπέρμα*. Basta, sin alterar en modo alguno su sonido, cambiar la grafía (esperma) y el lector que no entienda el alfabeto helénico entenderá, de forma súbita, que el término al que nos referimos tiene mucho que ver con la médula misma de la vida. Esperma, que en español ha quedado reducido al semen de los varones, significa en griego mucho más: es —como vemos en el texto de

Mateo— la semilla, la simiente, pero también es la raíz, y es también la relación íntima de la mujer y el hombre, y el estado de embarazo de la mujer, y la criatura que nace de ella. Esperma, en cualquiera de los casos, es inicio vinculado a un encuentro: el grano con la tierra, la tierra con el agua, el cuerpo de quien ama con el cuerpo que le ofrece amor.

La apertura hermenéutica del sustantivo se incrementa si atendemos al polifónico adjetivo que le acompaña: *καλός*. Derivado de una raíz antigua que, en nuestras lenguas (y a veces enmascarada) sigue muy presente, el adjetivo *καλός* remite a la belleza corporal, la bondad ética, la pureza elemental, la habilidad manual, la alegría o el placer. En él, como en un zumo de fruta fresca, se concentran las diferentes vías por las que la lengua griega trazó su camino hacia la idea del bien: la hermosura, la virtud, la simplicidad, el trabajo, el júbilo y el goce físico o espiritual.

Si, una vez decantados ambos términos, volvemos a la parábola y nos preguntamos: ¿qué es lo que, en su campo, siembra el sembrador? Esa semilla buena, ¿qué es? No podemos —habiéndonos abierto a la anchura de los significados y siendo conscientes de que la parábola, en sí misma, busca generar sentidos novedosos— cerrarnos a una imagen unívoca y realista. Sobre su campo (que es más que un campo de labor) el sembrador arroja un poco de cuanto hemos recogido anteriormente. Es decir, en ese grano está,

en germen, la posibilidad de amar, de crear vida, de cuidarla, de reconocer su belleza, de llenarla de honestidad, de expandirla mediante la labor y de gozarla y convertirla en gozo para la vida de los otros.

Esto, respecto al inicio. En la última frase de la parábola encontramos la semilla transformada en trigo y éste, no ya sobre el campo, sino recogido en el granero del sembrador. De este almacén (de esta ἀποθήκη, como dice el texto griego) saldrá el trigo del que se hará el pan, y el pan, a través del cuerpo, se convertirá en vida, y llenará, a través de cada vida, la vida entera de bondad.

LA FUERZA DEL DESEO

Sin abandonar el Evangelio de Mateo, movámonos desde esta parábola acerca de la semilla buena y el trigo hasta las últimas palabras que Jesús pronuncia sobre el pan. Están en el capítulo 26, en el contexto de la cena, y dicen así:

“Mientras cenaban, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo” (Mt 26,26).

Entre aquel trigo y este pan, entre el gesto de almacenar la espiga en la bodega y ofrecerlo hecho alimento a sus discípulos e identificarlo con su cuerpo, está la fascinación de Jesús por el bien, su opción

profunda por el mismo, su convicción de que el bien es un don de Dios y hemos de permitir –colaborando activamente para ello– su expansión y desarrollo.

Recientemente y disfrutando mucho, he leído el último libro de Josep Maria Esquirol, cuya obra filosófica sigo y admiro. El volumen, titulado así: “La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana”, deja el poso de una mirada honda y compasiva sobre nuestra realidad, una mirada de ojos de carne posados sobre la carne. No me resisto a copiar el párrafo siguiente:

“Otra ley del deseo que tiene directamente que ver con las demás personas es la siguiente: la satisfacción suele ser mayor al ser compartida. La necesidad es comer. La necesidad transformada por el deseo es comer juntos”¹.

Seguro que sin pretenderlo –o con esa consciente inconsciencia con que se logran los grandes hallazgos– Esquirol da con la clave del sentido profundo de las palabras que Jesús pronuncia sobre el pan y, consecuentemente, del significado de la eucaristía: la necesidad (comer) transformada por el deseo es comer juntos.

El deseo es lo que, según Lc 22,15, mueve el corazón de Jesús: “¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi pasión!». La construcción griega que encontramos (ἐπιθυμία ἐπεθύμησα) es enfática, pues sitúa juntos un sustantivo (ἐπιθυμία)

y una forma verbal de la misma raíz (ἐπεθύμησα), y podríamos traducirla de una manera mucho más vehemente: He anhelado con ansiedad. Está claro que el redactor del Evangelio busca (y logra) subrayar que a Jesús le empuja una fuerza ingente, un vendaval de deseo. De hecho, el término griego en cuestión (ἐπιθυμία) se emplea para indicar los deseos primarios sin cuya satisfacción la vida no puede continuar su curso (el agua, la comida), así como la irresistible atracción que una persona siente por otra: el poder del *eros*.

Saciado por el deseo del bien, Jesús se ofrece como pan e invita a transformar la necesidad en ese mismo deseo.

AMASAR EL BIEN Y TRANSFORMARLO EN PAN

Sobre lo dicho con anterioridad, y aunque aún no haya sido ni siquiera mencionada, me parece poder levantar, si no un edificio, al menos una maqueta de la vida religiosa. Más allá de la pluralidad de los carismas y los desarrollos históricos que éstos han experimentado, creo que un factor de cohesión de quienes optan por la vida religiosa tiene que ser, precisamente, la fascinación por el bien y el deseo vehemente del mismo.

Podríamos decir, retornando a la parábola, que quien se hace religioso es alguien que, en medio de

un campo donde crecen juntos el trigo y la cizaña, ha caído seducido por la promesa del pan que contiene el trigo, alguien que, en la semilla, saborea ya la miga y la corteza, alguien que en el grano vislumbra el rostro de aquella persona con quien podrá ser compartido el pan.

Como toda aventura –como la de Ulises en los mares o la de Moisés en el desierto– esta aventura del bien exige demora y delicadeza, dos actitudes que, según Byun-Chul Han, nos traerán la salvación. En su breve ensayo “La salvación de lo bello”, y tras hacer un lúcido repaso a la idea de belleza actual, el pensador surcoreano afirma:

“La tarea del escritor es metaforizar el mundo, poetizarlo. Su mirada poética descubre las ocultas relaciones amorosas entre las cosas. La belleza es el acontecimiento de una relación. Le es inherente una temporalidad peculiar. Se sustrae al disfrute inmediato, pues la belleza de una cosa solo se manifiesta más tarde, a la luz de otra cosa, como reminiscencia. Consta de sedimentaciones históricas que fosforecen.

La belleza es una tardana, una rezagada. Lo bello no es un brillo momentáneo, sino seguir alumbrando en silencio. Su preferencia consiste en este reservarse. Los estímulos y los logros inmediatos obturan el acceso a lo bello. Su oculta belleza, su esencia aromática, las cosas solo la desvelan posteriormente y a través de rodeos. Largo y despacioso es el paso de lo

bello. A la belleza no se la encuentra en un contacto inmediato. Más bien acontece como reencuentro y reconocimiento”².

Dice el filósofo que a la belleza no se llega con inmediatez. Estoy de acuerdo. Todo descubrimiento en profundidad de lo bello acaece tras la delicada espera, tras un tiempo lento en que los ojos velados se desvelan y ven. Sucede lo mismo con el bien. La semilla buena de la parábola (Mt 13,24), almacenada primero en el granero y ofrecida luego como pan e identificada por Jesús, en la cena, como expresión de su vida (Mt 26,26) es la que, en las manos del misterioso compañero y tras horas de camino, hace que a los discípulos de Emaús se les abra la mirada y reconozcan al Señor (Lc 24,31). Es al partir el pan –el pan bueno que procede de la semilla buena– cuando se reconoce el bien.

Pongo fin a estas páginas en la víspera de mi cumpleaños, el día anterior a celebrar que llevo 38 años recibiendo la caricia del sol sobre mi piel y la compañía silenciosa de la luna y las estrellas. Será por eso, quizás, que me siento –al menos esta noche– no demasiado lejos de aquel primer hombre al que el Creador regaló un mundo bueno, un mundo diseñado para el bien. En esto consiste el don: en saber que, verdaderamente, comenzamos a vivir en el octavo día de la semana, una vez que la belleza y la bondad han recorrido la circunferencia entera del

FASCINADOS POR EL BIEN

planeta, han plantado su semilla en cada palmo de tierra sobre el que nuestros pies se moverán, han alentado cada brizna de aire, han hecho que un gramo de luz –en la misteriosa balanza que es la vida– pese mucho más que muchos kilos de sombra.

- 1 JOSEP MARIA ESQUIROL, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, Acantilado, Barcelona 2018, 60.
- 2 BYUNG-CHUL HAN, *La salvación de lo bello*, Herder, Barcelona 2015, 103.

